



XXXI

Tonterías.

Los tontos las dicen y los listos las hacen.
Esto ya está olvidado de puro sabido.

Pero hay unas cuantas sandeces de las que nadie ó muy pocos se libran. La más gorda es la que en crudo expresa aquel graciosísimo : « Yo, gracias á Dios, soy ateo ».

Á carcajada tendida hemos reído todos este dicho y, sin embargo, en mayor ó en menor grado, pocos son los que se libran de ponerlo en práctica.

¿ Cómo ?

De la manera más sencilla.

Unos viven exactamente lo mismo que si no hubiera Dios ó sea le niegan con las

obras, declarándose ateos prácticos y.... luego se van á la Iglesia á pedirle que les dé prosperidad en los negocios, esto sobre todo, que déuelva la salud al hijo enfermo ó la felicidad al desgraciado.

Toda la diferencia está en que éstos alteran el orden de factores.

El de « Los Aparecidos » decía : « Gracias á Dios, soy ateo » y ellos dicen : « Somos ateos y vamos á dar gracias á Dios ». Creo que por sufragio universal se debe calificar esto de sandez y aun archisandez.

Otros se hacen la ilusión de que Dios es un infeliz corto de vista, que colocado en el Sagrario del templo, no ve una jota de lo que pasa fuera.

De aquí que se pongan escapularios sobre escapularios; se den golpes de pecho; edifiquen con su recogimiento ante el altar y.... se vayan luego á poner como chupa de dómine á todo bicho viviente y á hacer los mayores gatuperios é iniquidades.

Me parece que también esto puede ser calificado por sufragio universal de tontería de á folio.

Pues ¿ dónde me dejan VV. la falta de sentido común de los que se dan tono

teniendo los comprobantes al otro lado del mar?

Oh, y qué abundante que es este fruto, naturalmente de importación.

Á cada paso sucede en América que le digan á uno: « Le voy á presentar á un gran periodista ».

Llega el periodista y hay que hacer grandes esfuerzos para no soltar el trapo á reir.

Desaparecido el presentante viene lo de:

¿ Desde cuándo eres tú periodista y notable por añadidura?

¿ No te reprobaron en las oposiciones del Banco?

¿ Ve V. aquél del gabán gris?

Sí, señor.

Es el heredero de un grande de España de primera clase.

¿ Qué me dice V.?

Lo sé por él mismo.

¿ Y cuál es el título?

Conde de la Vinagreta de la casa real de Navarra.

No he oído nunca semejante título.

Se lo voy á presentar y se convencerá.

Acércase el Conde Real y resulta que

lleva su cuellecito de celuloide sujeto con pasadores que señalan su roce con una orla de cardenillo; á fuerza de agua se ha hecho elegante peinado á la Merode; se envuelve en gabán gris claro que de lejos parece inglés y de cerca recuerda al vivo los colchones de las casas de huéspedes baratas; el bigote levanta sus guías precisamente en dirección amenazadora para los ojos; en la izquierda mano muestra el sombrero de blanco forro, aunque eclipsado; el pantalón de color indefinible en abundoso pliege sobre la chinesca bota de charol; las manos morenas tienen las uñas muy raídas y muy negras para ser aristocráticas y el conjunto tiene eficacia singular para recordar los nombres de Rinconete y Cortadillo.

Claro es que la grandeza de tal prójimo se desvanece como el humo, dejando al que la llevó inútil para lo único que podría haberle salvado del hambre y eran las tiendas de abarrotes y los empeños con puerta á la calle.

Registrado el diccionario, no se encuentra nombre para esto más adecuado que el de sandez monumental.

Irán los aficionados al bel canto; ocuparán

su localidad con ánimo de oír la *Tosca* ó los *Hugonotes*.

Al lado se sienta un señor inofensivo al parecer. Éste, apenas comienza la orquesta, comienza él también á cantar para deslumbraros haciéndoos ver que conoce la partitura.

Le miráis para que entienda que os está fastidiando. Que si quieres. No cesa en su tarea. Llega el motivo trivial; el que conoce todo el mundo y entonces el tonto de capirote sube al diapasón lleno de noble orgullo y como diciendo : « Qué inteligente y qué listo. »

El resultado es que tenéis que marcharos á otro sitio, si es movable vuestra localidad, y á casa si no lo es.

Casi, casi estoy para decir que es mejor que las tonterías se digan con tal de que no se hagan.



XXXII

Paternidad.

CREÍAN nuestros antepasados, inocentes, que el ser padre imponía terribles responsabilidades, exigía grandes sacrificios y estaba erizado de peliagudas dificultades.

Nada más erróneo, por lo menos en los tiempos que hemos tenido la dicha de alcanzar.

Hoy el ser padre se reduce á la cosa más fácil del mundo.

Como que se reduce sencillamente á que dé á luz la esposa y esto claro es que por parte del padre no es de gran trabajo ni dificultad.

Que la madre puede criar y quiere criar, pues cría al chico.

Que no puede ó no quiere, pues se toma un ama.

El primer período ya sale como una seda. Después hay que educar á aquel muchacho. Al colegio con él.

¿Para qué se han hecho los colegios y los profesores?

Bueno, pero ¿y la elección de colegio?

Es coser y cantar. El que esté más cerca y más barato.

Es que ese que está á la vuelta de la esquina, y cuesta poco dinero, está dirigido por un tarugo y perverso por añadidura.

Ojos que no ven, corazón que no siente. Con no ir nunca el padre al tal colegio, ni conocer al profesor, ya está del otro lado.

¿Á qué colegio va el niño? se pregunta, y contesta el padre modernista:

« Á ese que está aquí cerca. »

¿Es un colegio que merece la confianza de V.?

« No merece nada: pero ahí van los hijos de la vecina y ahí van los míos. »

« Hombre, ese no es motivo. Puede suceder que estén enseñando al niño errores protestantes ó librepensadores, ó ateos. »

« Mire V., yo no soy aficionado á meterme

en dibujos ni tengo tiempo para ello. A algún colegio había de ir Pepito: pues va á ése. »

Y llega el tiempo de entrar en estudios más adelantados.

Tampoco ahora la tarea del padre tiene nada de dificultosa.

Se matricula al joven en la Preparatoria ó en otra equivalente y... ya está todo.

Más barato aún que el colegio de primeras letras.

Allí en las cercanías de la escuela, no dejará de haber, que para eso está el genio industrial, alguna y muchas bien organizadas cantinas con sus ribetes de casas de juego.

El estudiante acaso se pase los meses y los años sin entrar en clase y entrando con la mayor puntualidad en el billar.

Esto es un inconveniente, pero que no molesta en lo más mínimo al honrado padre de familia á la moderna.

La razón es clara como el agua. No sabe una palabra.

Hace pocos días la autoridad ha tenido ya que intervenir, para ver de obligar á esos cuidadosísimos padres á que se ocupen de si

sus hijos están matriculados en una escuela ó en una cantina.

Aunque no lo parezca, es ésta cuestión que envuelve alguna importancia por no ser precisamente la misma cosa.

Supongo que ningún padre se habrá avergonzado de que el Gobierno comience ya á tomar cartas en el asunto de esa sencillez paradisiaca que tiene para muchos el ser padre.

No : lo que habrá hecho más de un cariñoso jefe de casa, habrá sido exclamar : ¿Quién le mete al Ministro ni á nadie en lo que hacemos los que hemos engendrado hijos, tomando así *ipso facto* el carácter de respetables padres? »

Si á nosotros no nos importa meternos á averiguar si nuestros vástagos estudian matemáticas ó juegan carambolas ¿á quién le puede importar?

Mire V. que es mucho eso de venirse á turbar la placidez con que íbamos desempeñando nuestro fácil papel de reyes del hogar.

¿No hacemos bastante con cuidar de que nuestros hijos tengan su traje flamante y sus cuellos puntiagudos y sus corbatas de moda y sus sombreros de Panamá y sus botas de

charol y hasta su relojito de níquel y dos pesos para ir al Orrín los domingos?

Ahora vamos á suponer que el hijo se perverte, ó lo que es lo mismo que la semilla aquella da su fruto natural.

Entonces sí que se hace difícil el papel de padre.

Qué quebraderos de cabeza para ver de traer al joven al buen camino.

Qué disimular faltas unas veces y castigarlas otras con rigor saludable, buscando siempre la enmienda. Qué consultar hombres de talento y experiencia acerca de la manera de convertir en honrado el corazón corrompido del calavera. Cuántas noches sin dormir. Cuántos días sin comer. Qué temblar por la responsabilidad que ante Dios y los hombres contrae el padre de un perdido. Cuántas oraciones al Cielo pidiendo la conversión del nuevo Agustín.

Sí ¿eh?

Buenas y gordas. Eso era antes. Ahora lo hemos arreglado de otra manera.

¿Se trata de una familia que vive en Europa?

Se coge al chico, se le mete en un transatlántico y á América con él.

¿Se trata de quien vive en América?

Pues viceversa : á Europa.

Es posible que el viaje sea para el joven el camino de presidio ó del patíbulo. Es posible también que mientras el padre aquel duerme tranquilo en su cama, el hijo esté tirado en su cama ó en los bancos de la Comisaría.

Sí, esto es verdad, pero también lo es que resulta muy cómodo para la que antes se llamaba gigantesca figura del padre.

Es decir, que de todas maneras el padre modernista encuentra su camino llano, ancho y sin dificultad de ningún género.



XXXIII

Nimiedades.



veces, y esto lo sabe todo el mundo, las cosas más pequeñas son las que producen efectos más grandes.

Lo digo porque tengo la obsesión de que restaurando en la familia unas cuantas pequeñeces insignificantes al parecer, vendría á restaurarse la familia toda y la sociedad entera.

Sé que voy á incurrir de lleno en el delito de obscurantismo.

Pero perdido por diez, perdido por cincuenta.

Á estas horas cuantos han tenido la paciencia de leer mis engendros, me han aplicado ya el tal nombre y no me lo quita ni la Paz y Caridad.

Vamos á ver : ¿por qué no habían los hijos de llamar de V. á sus padres?

Es que el tuteo significa confianza y nadie niega que la debe haber entre los padres y los hijos.

Pues no señor : no la debe haber. Lo que debe haber es respeto y éste excluye ciertas confianzas.

También el discípulo debe tener confianza con su maestro, el dependiente con su patrón y el confesado con su confesor.

Buen cuidado tendrá, sin embargo, todo profesor que no haya perdido la chaveta de no dejarse tutear por sus alumnos ni el dueño de un comercio por sus empleados ni el confesor por sus penitentes.

¿Por qué?

Porque allí debe haber la confianza que no viene á decir « todos somos iguales », la confianza que se aviene con el respeto, la confianza que deja al superior en su puesto, de autoridad y de prestigio.

El padre y la madre en la familia necesitan más conservar su puesto de autoridad que el profesor, que el patrón, y aun que el mismo confesor.

La falta de tratamiento establece desde

luego una igualdad incompatible con el respeto.

Créanlo VV. el lazo que afianza á la familia es el respeto.

Á todo trance deberían dedicarse cuantos hombres se precian de pensadores, estadistas y patriotas, á robustecer la autoridad de los padres.

Cuantos esfuerzos se hicieran para abri-llantar y elevar el trono de los padres, serían también esfuerzos para levantar y enaltecer los pueblos y las sociedades.

Nos quejamos, y nos quejamos con razón, de que nuestras muchedumbres no tienen habitualmente ese respeto á la autoridad que tanto edifica en los pueblos anglosajones.

Realmente, mientras las masas populares no respetan por costumbre á los representantes de la autoridad, no están garantizados ni el orden ni el derecho y donde no tienen garantías sólidas el orden y el derecho, no hay civilización ni fuerza para el progreso.

¿Quién tiene la culpa de este hecho?

La contestación se da recordando que el que no respeta á sus padres no respeta á nadie : el que no aprende á obedecer en el hogar doméstico, no aprende nunca jamás.

Si los padres entregan á la sociedad, á la patria, jóvenes sin costumbre de obedecer ni respetar, no hay que hacerse ilusiones, la patria no puede hacer buenos soldados, ni magistrados, ni industriales y, me atreveré á decirlo, ni aun sacerdotes.

¿Vamos, pues, á comprometer este respeto por miedo de que padezca la confianza?

Aun hay casas donde existe la antigualla de que los hijos besen la mano á sus padres.

Otra nimiedad.

Lo será, pero cuando lo vemos, nos dan ganas de llorar.

Qué hermosa es esa manifestación del respeto filial.

El joven que se inclina cada día delante de su padre para besarle la mano á buen seguro que no se va desde allí á la redacción de algún periódico de caricaturas á poner en solfa ministros, sacerdotes y militares.

El hijo que cada día se inclina delante de su padre para besarle la mano, no es el que luego apedrea iglesias y conventos.

No le busquéis en los clubs demagogos : no está allí.

No le busquéis en los espectáculos pornográficos : no gusta de ellos.

Con la costumbre de obedecer y de respetar ese joven respetará á Dios, respetará á los gobernantes, respetará á sus superiores.

Quedémonos hoy, pues, en estas dos pequeñeces. Hablar de V. á los padres y besarles la mano.

Lo repito, tengo como la obsesión de que estas cosas son la restauración de la familia y de la sociedad.





XXXIV

Los furiosos.

Los aficionados á toros andan cari-
acontecidos.

Dicen que se va acabando la raza
de las reses verdaderamente bravas.

Salen á la plaza y en cuanto sienten un
par de puyazos, ya están buscando la huída.

¿Qué va á pasar aquí si los toros pierden
su cualidad de embestir?

Á mí, los toros confieso que me tienen sin
cuidado.

Lo malo es que los demagogos siguen á
ojos vistas la marcha de los rumiantes.

No sale uno de empuje.

Á fuerza de capotazos y acosos, se acercan
alguna vez que otra á los que llevamos las
puyas.

Toman algún refilonazo, y ya están co-
rriendo. Esperando les hemos estado hasta
años enteros en el terreno propio de la
suerte de varas.

En las verdades teológicas ó filosóficas.

En vista de que no se acercaban ni á tiros,
los picadores nos hemos ido á su terreno :
hablamos en guasa, los acosamos gramati-
calmente y..... tampoco.

No quieren pelea.

Aquellas calumnias á los curas, que tanto
juego dieron hace algunos años, no salen á
relucir, y aun creo que se deben estar apoli-
llando.

Los prelados gozan de paz octaviana, y se
saturan de muestras de consideración y res-
peto de todo el mundo.

Esto me tiene preocupado de una manera
extraordinaria.

Me hacen falta aquellos deliciosos traga-
curas de mediados del pasado siglo.

Aquellos que tenían en su despacho la
imagen de un sacerdote colgado de la horca,
y gritaban como energúmenos : « Sangre y
exterminio ».

Sobre todo, en los viajes, eran la sal y la
pimienta de todos los pasajeros.

« Ateo soy, me decía á mí uno : pero lo que es á devoto de la Virgen, no me gana nadie. »

« Guardados tengo en mi casa los candeleros del altar y la corona de la imagen ».

« Busco el predicador cuando llega la novena y hace más de veinte años que no hay más Comisario de fiestas que yo en la Congregación ».

Entonces ¿ qué entiende V. por ateo ?

Pues que soy partidario de que corten el pescuezo á todos los curas y á todas las monjas.

¿ Y qué daño le han hecho á V. ?

Á mí ninguno : pero se lo hacen á la libertad y al progreso.

¿ Usted sabe leer ?

« No, señor : ni falta que me hace. Bastante tengo con ser progresista acérrimo. »

Efectivamente : es V. un caso típico.

Director de periódico librepensador conocí, que andaba por casa con gorro frigio encarnado.

Á su mujer y á sus hijos los obligaba á usar la misma « *toilette* », y los llamaba, al uno, Viriato; al otro, Trajano, y al más pequeño, Bruto.

Creo que ese último nombre cuadraba perfectamente á todos los individuos de la familia.

El pobre señor daba un beso en la cara á todos los amigos, porque decía que era el saludo del rito escocés.

Ni que decir tiene que era morir de risa con él.

Tenía como íntimo amigo á un señor Canónigo, que le tomaba á broma.

El del rito escocés murió al fin ayudado por el Canónigo, con todos los Sacramentos y hecho un bendito.

Claro; como que no había sido más que un chillado como otro cualquiera.

Esa raza se va acabando.

Y es lástima, porque eran toros claros y nobles.

Peores son mil veces los que se adornan con nivea piel de cordero, y luego resultan embistiendo como de Piedras Negras.

Los que se llaman católicos y no tienen respeto alguno al clero.

Se llaman cristianos y desprecian la autoridad episcopal.

Llevan escapulario y viven como si no hubiera Dios.

No levantan nunca la voz, y muerden
como víboras.

Á mí, que me suelten toros.

Dios me libre de reptiles, que apenas se
mueven ni hacen ruido.



XXXV

La Virgen del Pilar

Dice

Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.

.....

Zaragoza es un rosal
Que ha nacido en Aragón
Y la Virgen del Pilar
Es el capullo mejor.

.....

Y así me podría estar echando coplas hasta
el día del juicio.

Porque es el caso que hoy se celebra la
festividad del Pilar de Zaragoza y no hay
cabeza de español que no esté llena de
recuerdos, de leyendas de franceses, de gui-
tarras, de coplas, de baturros y de jotas.